

No puedo decir que conociera profundamente al profesor Antonio López Eire. Pude apreciar en varias ocasiones su reconocida elocuencia, como en aquella lección magistral de inicio de curso académico en la Universidad de Salamanca de la que muchos guardamos aún entrañable memoria. Varias veces compartimos mesa en entornos siempre amigos, donde D. Antonio exhibía elocuencia y gracejo a partes iguales, tal vez recordando aquella máxima bien conocida del aleccionar deleitando. Y es que las sabidurías académicas más entrañables son las de los hombres y mujeres que se quitan importancia a sí mismos, que no necesitan escudarse en una distante pose profesoral, que no muestran suspicacia ante la risa. Ofrecer conocimiento y risa me parece un acto de profunda generosidad. Ésa es una de las cualidades que pude apreciar en mi trato con D. Antonio: la de un ser generoso. Otras cualidades sobresalientes que destacaría en él son la elegancia, en el ser y el estar, y el respeto por el otro. Una vez D. Antonio precisaba de información sobre la gramaticografía portuguesa del siglo XVI y D. Ángel Marcos y yo misma le suministramos algún material. ¡Nada debiera ser más común que la colaboración en el ámbito académico, y nada es más frecuente que no ser reconocida! D. Antonio, en cambio, consignó y agradeció amablemente el origen de la información, en un acto que ilustra no sólo su elegancia sino su honestidad intelectual. Nada más elocuente hay que las propias acciones. Por ellas D. Antonio López Eire se distinguía como académico, profesor y ser humano excepcional.

*Ana María García Martín*